

Karl Ove Knausgard: «Mi familia me acusa de mentir en mis libros»

El autor publica en español «Tiene que llover», penúltimo tomo de la saga «Mi lucha»

MÓNICA BERGOS
BARCELONA / COLPISA

En persona, Karl Ove Knausgard (Oslo, Noruega. 1968) desprende la misma intensidad que su escritura. Su manera de hablar es pausada y serena, pero su mirada está llena de brío. De su imponente presencia de un metro noventa de estatura llaman la atención sus robustas manos, de dimensiones desmesuradas, que mueve continuamente al hablar. Son las mismas que han escrito *Mi lucha*, una saga autobiográfica, también de proporciones y ambición desmesurada, una prosa brillante, poderosa y visceral, que ha conquistado lectores en medio mundo y que ha provocado uno de los fenómenos literarios recientes más destacados.

El autor noruego visitó ayer Barcelona para participar en el festival literario Kosmópolis y para presentar *Tiene que llover* (Anagrama), la quinta entrega de la serie de seis tomos. En este libro, Knausgard relata sus años de juventud, cuando soñaba con ser escritor. Matriculado en la Academia de Escritura de Bergen, libró una dura batalla por encontrar su voz literaria y despojarse de todos los clichés que inundaban sus primeros textos. «Intentaba convertirme en escritor a toda costa, pero no lo conseguía. Emulaba a otros autores, pero fracasaba en mi intento de mostrar algo de mí en aquellos textos. Cuando por fin conseguí que mi escritura coincidiera con lo que yo quería reflejar fue cuando me convertí en escritor», explicó ayer el autor en un encuentro con la prensa, en el que también aseguró que «un escritor no nace: se hace».

Definido por Siri Hustvedt como «el rey de la escritura automática contemporánea», Knausgard saltó a la escena literaria in-



Knausgard luchó por encontrar su voz literaria. ANDREU DALMAU EFE

ternacional con el primer tomo de la saga, *La muerte del padre*, que cosechó un éxito extraordinario y provocó una ardiente polémica en su país. El libro, que enfureció a sus familiares, ofrecía un relato crudo, desgarrador y rico en detalles íntimos de la figu-

«Ahora me acepto y me perdono a mí mismo, pero escribir no me ha hecho mejor persona»

Karl Ove Knausgard
Escritor

ra de su padre alcohólico quien, tras abandonar a sus hijos, pasó sus últimos días en una casa atestada de podredumbre, que el mismo escritor visitó cuando su progenitor ya había fallecido.

«Los familiares de mi padre me acusaron de mentir. Dijeron a los medios de comunicación que no era cierto que él muriera a causa de la bebida, que había fallecido por un infarto. Me acusaron de inventarme la tremebunda descripción de esa casa para hacerme famoso a costa de las desgracias de mi familia. Fueron tantas las críticas que incluso yo empecé a dudar de mis propios recuerdos», relató el es-

critor. «Por suerte, días después recibí una carta de una asistente social que había estado en esa casa y confirmó que mi descripción era cierta. Incluso dijo que el estado en el que se encontraba esa vivienda era peor que el que yo había detallado en el libro. Esa confirmación supuso un alivio para mí y para mi editor».

La publicación de esa entrega y la segunda de la serie, *Un hombre enamorado*, en la que explicaba los pormenores de su vida en pareja y la caótica relación con sus hijos, agitó la vida cotidiana del autor. Los medios de comunicación de Noruega estaban interesadísimos en su vida privada. Cuando se compró una nueva casa, los paparazzi corrieron a hacerle fotografías: «Esa locura duró un par de años. Aprendí a vivir con ello, y a entender que ese tipo que salía en las revistas no era yo. Era un personaje, una caricatura. Aún hoy intento no leer nada de lo que aparece en la prensa sobre mí, porque son cosas que están fuera de mi control».

Ahuyentar los fantasmas

Tras ser preguntado sobre si escribir acerca de su propia vida había ahuyentado sus fantasmas o había supuesto una forma de terapia, el escritor contestó, sincero: «No del todo. Mis miedos fundamentales siguen existiendo. Un mayor conocimiento y entendimiento de las cosas no ayuda a superarlas, pero sí que ayuda a perdonar. Ahora acepto y perdono más a mi padre y me acepto y me perdono a mí mismo. Pero escribir no me ha hecho mejor persona», aseguró Knausgard. «Sí que reconozco que el tiempo en el que dura el proceso de escritura resulta sanador. Cuando acabas de escribir, vuelves a ser el de siempre. Todavía no estoy curado, por eso sigo escribiendo», añadió.